

RECUERDOS DE DON VALENTIN LETELIER

por Enrique Molina

CONCEPCION, 3 de Julio de 1943.

Señor Don Adolfo Gana Mandiola, Director de los Anales de la Universidad de Chile.

Mi distinguido y estimado amigo, me ha hecho usted el honor de pedirme un estudio sobre don Valentín Letelier para publicarlo en un número especial de los *Anales de la Universidad de Chile*. Nada habría sido para mí más grato que complacerlo por haber sido yo un gran admirador de don Valentín y por ser usted quien me pide la colaboración.

Pero para hacerlo honradamente no tendría más camino que volver a leer de nuevo las medulosas obras del esclarecido publicista, lo que por el momento no puedo llevar a cabo. El estudio directo de las obras de un autor es, como se sabe, el mejor método para conocerlo. Es verdad que cabe también aprovechar buenas biografías acompañadas de antologías bien seleccionadas. En el caso del señor Letelier tenemos a nuestra disposición el macizo y completo libro que le ha dedicado el conocido historiador y pedagogo don Luis Galdames. Pero habiendo estudiado yo tanto directamente en años anteriores los libros del insigne escritor tampoco me tienta este procedimiento de segunda mano. De manera que sobre lo que me pide no puedo decirle nada que valga la pena, salvo dejarle constancia, como chileno y como hombre de estudio, del reconocimiento de cuanto le debo a don Valentín en mi primera formación intelectual y de cuanto le deben la cultura patria y la americana.

En los dos últimos decenios del siglo pasado y en los dos primeros del presente el señor Letelier fué figura señera de la

intelectualidad chilena y americana. Entre los que éramos estudiantes universitarios allá por el año 90 gozaba con razón de un prestigio enorme, aunque aún no había dado a luz ninguna de sus obras fundamentales. Antes del año indicado aparecieron sus ensayos *La Ciencia Política en Chile* y *Por qué se rehace la Historia*, ambos premiados en los Certámenes Varela que por esos años organizaba y pagaba el millonario don Federico Varela.

El conocimiento de los mencionados ensayos no lo obtuve por medio de diarios o revistas. Ni tampoco entré en relaciones con don Valentín aprovechando conferencias que él dictara. En aquellos días no se daban conferencias. El Salón de Honor de la Universidad permanecía sin escándalo de nadie cerrado todo el año. Pero eran a la vez los tiempos de Rubén Darío, Pedro Balmaceda, Alfredo Irarrázabal, Luis Orrego Luco, Narciso Tondreau, Manuel Rodríguez Mendoza y demás escritores, poetas y artistas que formaban la brillante pléyade del cenáculo del diario *La Epoca*.

Con algunos compañeros del Curso de Derecho, serenenses y copiapiños, entre los que recuerdo a Antonio Alfonso Muñoz y Perfecto Lorca Marcoleta, más tarde diputado, íbamos al Club Radical que abrió por primera vez sus puertas en una vieja casa de la calle de Morandé esquina de Moneda, convertida en años posteriores en mansión para *El Diario Ilustrado* y la Intendencia de Santiago. En este ambiente de juventud radical tuve las primeras noticias de nuestro escritor y leí luego los estudios citados. Me causaron éstos gran impresión, me iluminaron mucho y me hicieron desde ya formarme una alta idea del autor.

Pero los jóvenes de entonces teníamos además otros motivos para admirar a don Valentín. Gozaba de verdadero renombre como brillante profesor de Derecho Administrativo. Los artículos que publicaba con regularidad en *La Libertad Electoral* eran vibrantes y ardorosos, empapados en ideas avanzadas y armados de una dialéctica contundente. Muchos de esos artículos fueron reunidos después en un volumen que apareció con el título de *La Lucha por la Cultura*. Los informes y vistas que expedía en su calidad de Fiscal del Tribunal de Cuentas salían basados en sólida doctrina y eran luminosos y claros. Agréguese a esto todavía que su personalidad moral, su honra-

dez y honorabilidad se destacaban en nuestro horizonte intelectual y social límpidas y sin sombra. Era así natural que lo consideráramos como el más señalado guía espiritual de nuestro tiempo.

Pero no era de extrañar tampoco que, como buenos estudiantes, mezcláramos a la admiración la broma. Don Valentín iba a pasearse invariablemente todas las noches a la Plaza de Armas con su señora y su hija única, Beatriz. Entonces se comía mucho más temprano que ahora. El número de concurrentes al paseo era reducido, de manera que la presencia del ilustre profesor y su familia constituía para nosotros un hecho muy notorio. Si admirábamos al padre por su valor intelectual y cívico, también admirábamos a la hija por su hermosura sana y esplendente que tenía algo de lozanía primaveral. Una noche alguno de nosotros preguntó cuál sería la mejor obra de don Valentín. Ya había publicado su *Filosofía de la Educación*. Sin vacilar todos estuvimos de acuerdo en que esa obra maestra era Beatriz.

Estábamos terminando nuestros estudios en el primer curso del Instituto Pedagógico cuando apareció el libro que acabamos de mencionar, la primera de las obras capitales de nuestro autor. El profesor de Pedagogía y Filosofía, Jorge Enrique Schneider, se refirió con elogio a ella en una de sus clases.

Al iniciarnos poco después en las funciones del profesorado en el Liceo de Hombres de Chillán, la *Filosofía de la Educación* fué para nosotros un verdadero breviario al lado de la *Educación intelectual, moral y física* de Spencer, la *Ciencia de la Educación*, de Alejandro Bain y la *Enseñanza de la Historia* de Rafael Altamira. Estudiamos detenidamente la obra de don Valentín con gran provecho para nuestra cultura. Constituye ella un tratado completo de la teoría de la educación en general y de las teorías de todas sus ramas, elaborado dentro de los principios de la filosofía positivista que era la del autor. Muchas informaciones sobre esta misma filosofía que contiene la obra me sirvieron bastante también en mis clases de Lógica.

Muy poco más tarde apareció la segunda obra importante de Letelier, la *Evolución de la Historia*, fruto del amplio desarrollo dado al ensayo laureado pocos años antes, y al que ya hemos hecho referencia, con el título de *Por qué se rehace la His-*

toria. La *Evolución de la Historia* es una erudita interpretación del desenvolvimiento social, hecho igualmente desde el ángulo positivista y constituye una buena introducción a la metodología de la historia y a las investigaciones históricas y sociológicas. Nos fué asimismo esta obra de gran utilidad para nuestras clases de Lógica y de Historia.

El señor Letelier servía todavía a la cultura nacional dando a conocer en *La Ley* por medio de noticias bibliográficas obras importantes aparecidas en el extranjero. De esta suerte tuve conocimiento, entre otras, de la *Educación de la Voluntad* de Julio Payot, de los *Problemas de la Historia* de L. Bourdeau y de *El Derecho Civil y los Pobres* de Antón Menger que ejercieron en mi formación espiritual una gran influencia.

Pero mi primer encuentro personal con don Valentín no fué grato. Nuestro hombre era de trato un poco seco, parco en palabras y más bien de cáscara amarga. Mas a lo mejor mi decepción me la procuré yo mismo con mi ilusión infundada que pudo ser casi una ingenuidad de mi parte. Como yo admiraba a don Valentín, había leído todas sus obras, y, por mi parte, creía haber hecho apreciable labor en el Liceo de Chillán, y publicado algunos artículos y discursos en *La Ley*, se me ocurrió que a nadie mejor que a él podía dirigirme en solicitud de un servicio que necesitaba en mi carrera de profesor, y se me ocurrió aún que podía presentarme solo. Así lo llevé a cabo y, recibido en el hall de la casa, hice yo mismo mi presentación. Pero mi héroe no me invitó a pasar más adelante, me mantuvo de pie, y me contestó friamente que no me conocía y que por consiguiente, no se sentía en situación de hacer nada por mí. No podía ver yo en ese momento cuánta ilusión injustificada había en el paso que diera y salí de esa entrevista con un gran vacío en el alma. Si ni en la madurez aprende el hombre a librarse de decepciones, cuánto menos en la juventud, edad de tanteos en medio de las primeras resistencias y tropiezos que opone la vida.

Pasaron unos cuantos años de oscura labor.

A principios de 1903 se celebró en Santiago un Congreso de Educación organizado por la Universidad de Chile, cuyo ilustre Rector era el doctor Manuel Barros Borgoño que contaba con la cooperación de su inteligente secretario, doctor Luis Espejo Varas y de consejeros como don Valentín Letelier.

A petición de la Sección de Educación Secundaria leí en una de las sesiones generales del Congreso un trabajo que había llevado, cuyo tema era «La educación intelectual y la imitación inglesa». Estaban en la mesa que presidía la sesión precisamente los tres universitarios nombrados. Parece que mi disertación gustó y al descender de la tribuna don Valentín se alzó de su asiento para felicitar me efusivamente. Era esta la primera vez que yo hablaba en la Universidad y las congratulaciones de una autoridad como don Valentín tuvieron para mí el valor de un espaldarazo en mi vida intelectual. Ya no tuve necesidad de ser presentado ante él, ya me valían, aunque fueran modestas, ejecutorias propias, y nuestras relaciones fueron en adelante siempre estrechándose.

Como miembro del Consejo de Instrucción Pública, del cual dependía entonces la educación secundaria, don Valentín me prestó toda su cooperación para mi nombramiento de Rector del Liceo de Talca. Los consejeros tenían una idea cabal del estado de desorganización en que se encontraba este liceo y miraban con sobresalto las dificultades y problemas que presentaba su dirección. Uno de ellos me dijo: «Lo mandamos a un avispero.» Recién nombrado, una noche de sus paseos habituales, don Valentín me llamó desde un escaño de la Plaza de Armas, me presentó a su señora, me congratuló y luego agregó, dando a entender lo peliaguda que le parecía la empresa en que me iba a ver empeñado: «Si usted sale bien de esta prueba, mi amigo, se pone las botas para lo que quiera.» Puedo decir ahora que creo haber salido bien; pero de si me puse las botas para lo que quisiera... no hablemos. Antes de irme a Talca a hacerme cargo de mi puesto, que iba a ser por lo demás mi primer ensayo rectoral, don Valentín me manifestó una vez más los temores e inquietudes que abrigaba, recomendándome muy afectuosamente: «No toque a nadie, hombre, porque, en esa ciudad, si remueve a un portero se lo comen vivo.» Pero si sigo este prudente consejo no habría cumplido con la misión de reorganización y reforma que llevaba y fué preciso remover a algunos profesores y más de un empleado administrativo. Mas la verdad es asimismo que en esa ciudad de inolvidables recuerdos, donde he tenido y dejado tan buenos amigos y de donde han salido tan queridos y sobresalientes ex - discípulos, hoy también amigos, quisieron en los primeros

años de mi rectorado, conforme a la previsión de don Valentín, «comerme vivo.»

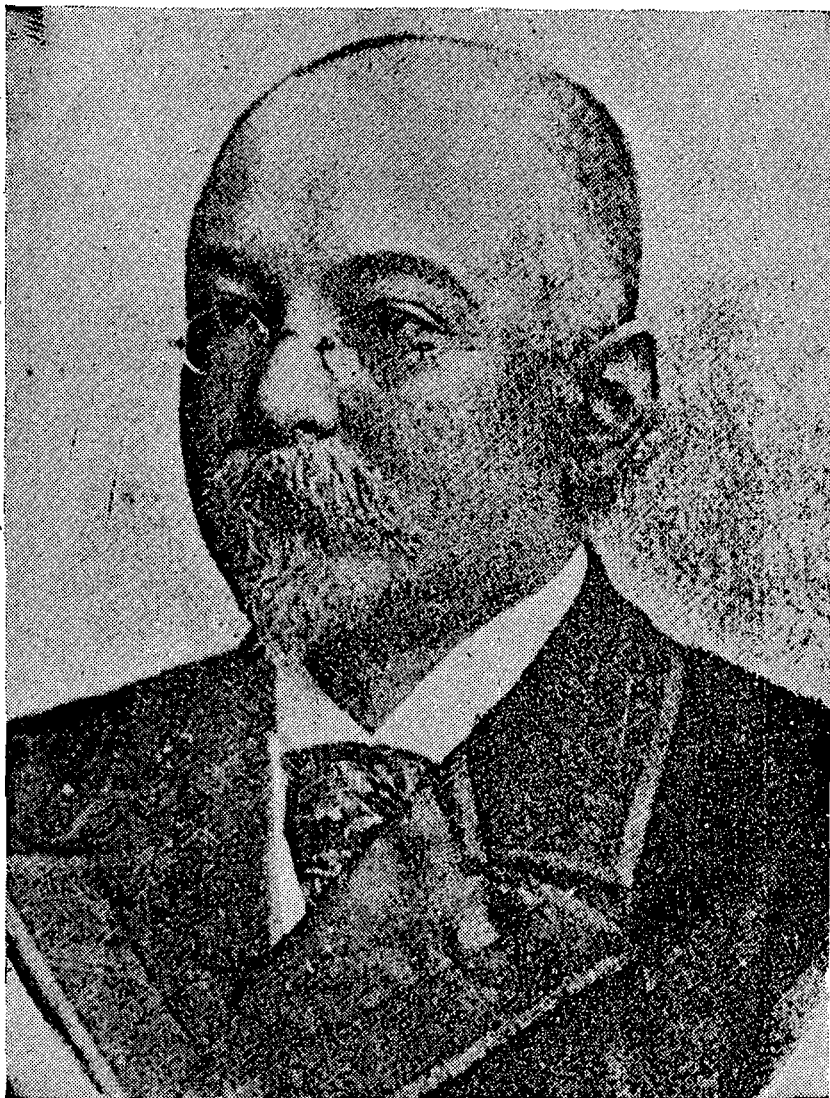
Verdadero placer me causó la elección de don Valentín como rector de la Universidad de Chile; pero su nombramiento encontró en los elementos conservadores la más tenaz y violenta resistencia. Tan decidida fué ésta que el Presidente don Germán Riesco — a pesar de que ya iba a terminar su período y de que, según entiendo, era amigo personal de don Valentín — no se atrevió a hacerlo. Uno de los primeros actos del Presidente entrante, en Setiembre de 1906, don Pedro Montt, consistió en poner valientemente su firma al decreto respectivo.

El nuevo Rector, para servir a los estudiantes e infundir en ellos un espíritu de cooperación y renovación, les cedió espacio a fin de que tuvieran un club a los pies de la Casa Universitaria por el lado de la calle de San Diego y contribuyó igualmente a que se organizaran en federación. Los estudiantes federados hicieron pasar más tarde no pocos malos ratos al bien inspirado Rector.

Este ejecutó también muy importantes transformaciones en la Casa Universitaria y, mostrándose siempre magnánimo y tolerante con sus enemigos políticos que tanto lo habían perseguido, desmintió las prevenciones levantadas en su contra.

Por invitación de don Valentín fuí a dictar en Santiago en 1907 mi primera conferencia propiamente tal. En la post-data de una de sus cartas escribió: «¿Quiere venir a darnos una conferencia por doscientos pesos?» Esta fué la invitación. El honorario no comprendía además viáticos ni para gastos de viaje ni para los de hotel. Se reducía a los doscientos pesos tan escuetamente ofredidos... pero de aquellos tiempos. Por lo demás, la cuestión dinero era lo de menos y acepté con mucho gusto.

En esos días las conferencias se daban principalmente después de comida. En la Universidad no me esperaba nadie ni me presentó nadie. Qué solo me sentí. En el paraninfo había unas veinte personas, entre ellas el profesor de la Escuela de Derecho don Ruperto Alamos, Paulino Alfonso, Juan Benavente Serrano y algunos ex - alumnos míos. Traté de la Filosofía de Lester F. Ward. No había calculado bien el tiempo y la exposición resultó más larga de lo que yo habría deseado; había durado más de una hora. Al bajar de la tribuna, Pauli-



Don Valentín Letelier
Rector de la Universidad de Chile
(1906 - 1911)

no Alfonso me salió al encuentro mostrándome el reloj. Demás está decir lo que esto significaba. Esta desconsiderada franqueza hizo más punzante aún la angustia de soledad que había experimentado al llegar. Felizmente don Ruperto Alamos se le encaró al señor Alfonso para expresarle que a él le había interesado mucho la conferencia y que no la había encontrado larga. La actitud del señor Alamos fué como un refrigerio para mi espíritu y se la agradecí profundamente.

En 1915 fuí promovido al rectorado del Liceo de Concepción y nombrado profesor de Historia General del Derecho en la Escuela de Leyes que funcionaba anexa al Liceo. En este nuevo cargo siguieron acompañándome y sirviéndome la ciencia y la sabiduría de don Valentín. Sus otras dos obras fundamentales, *Génesis del Derecho* y *Génesis del Estado*, nacidas de sólida información y escritas con honradez científica, fueron para mí de un valor y utilidad inapreciables, como nuevas fuentes de ilustración y para la preparación de muchas de mis clases de la Facultad de Ciencias Jurídicas.

Excuse a su afectísimo amigo por no corresponder mejor a sus deseos y acepte un muy cordial saludo de su parte.